

ta de un capítulo introductorio (dedicado a la noción de Teología y de Teología histórica), al que sigue una división cronológica, en cuatro partes: período patrístico (100-451), Edad Media y Renacimiento (ca. 500-1500), la Reforma (1500-1750), período moderno y contemporánea (desde 1750). Una periodización clásica, que podrá ser aceptada por todos, cualesquiera que sean sus posiciones historiográficas. Al final de cada parte aparecen unos «Case Studies», en que se detiene en cuestiones puntuales especialmente debatidas en el período considerado. Estos «Case Studies» llevan anejos los textos mentados, para su conocimiento directo por parte de los alumnos.

El libro es una buena síntesis entre una Historia de los teólogos y una Historia de los debates dogmáticos. Entre los movimientos teológicos posteriores a la Ilustración, incluye la teología católica y la ortodoxa («Roman Catholic Theological Movement») y «Eastern Orthodoxy Theological Movement») junto a la «teología negra», el postliberalismo, el feminismo, el pentecostalismo, etc. Latinoamérica merece un epígrafe especial dentro de la cuarta parte del libro, con atención a la Teología de la Liberación. Entre teólogos católicos no liberacionistas, cita la Escuela de Tubinga, Newman, Henri de Lubac, Yves-Marie Congar, Hans Küng, Edward Schillebeeckx, Piet Schoonenberg, Karl Rahner, etc. Reconoce la gran importancia del *Catecismo de la Iglesia Católica*, publicado 1992, al que considera como «un suma lúcida de temas de pensamiento católico romano moderno, actualizado a la luz del Vaticano II».

J.I. Saranyana

Mark L. MCPHERRAN, *The Religion of Socrates*, The Pennsylvania State University Press, University Park, Pennsylvania 1997, 354 pp.

El autor, profesor de filosofía en la universidad de Maine, ofrece una minuciosa in-

vestigación del espíritu religioso del genial filósofo. El libro es necesario porque la religión o lo religioso tuvo una influencia en Sócrates que muchos filósofos (quizás por no practicar ninguna) se han esforzado en negarle, como si fuera algo indigno para Sócrates rendirse a los dioses de la mitología griega. Sócrates no cayó de ninguna manera en manos de dioses pero fue un ciudadano y pensador profundamente religioso, y casi mejor, verdaderamente religioso. El libro parece dirigido precisamente a filósofos profesionales cuyas carreras académicas parecerían exigir dejar la religión a la entrada del campus. Como decía aquel gran estudioso de Sócrates, Gregory Vlastos, remover de los textos las claras referencias religiosas sería una intervención quirúrgica que mata al paciente. No se trata de alegorías, o mera retórica. McPheran acepta esos textos en toda su seriedad, y así puede ver en Sócrates un momento importante y una contribución sólida al pensamiento religioso occidental. Fue un hombre de su tiempo, pero fue también «un fino crítico y reformador racional» tanto de la tradición religiosa que heredó, como de las nuevas incursiones teológicas y cúllicas con las que se encontró mientras transitaba por la Atenas del siglo V. Sócrates entendió su misión filosófica como una misión divina, encomendada a él por los dioses, y es la fuerza de ese «mandato» lo que le lleva incansable a hablar con sus ciudadanos como el más grande servicio a ellos y a la ciudad.

Por otra parte, cuando Sócrates aparece como un intelectual, pone constante énfasis en que sólo podemos ser persuadidos de verdad por nuestro propio razonamiento. Si sus interlocutores ofrecen algún argumento «religioso», pronto lo rechaza. Sin embargo, el famoso *elenchos* socrático acaba en fracaso la mayor parte de las veces; y la imposibilidad de llegar a un conocimiento moral seguro, hace exclamar a Sócrates que él no es sabio en nada, «ni grande ni pequeño» (*Apología*, 21b2-5). El contraste entre esta doble actitud escé-

tica-racionalista por un lado, y abierta a lo religioso o a lo extra-racional por otro, es notorio, y fuerza a aceptar la paradoja socrática pues parece tanto un teísta sincero como un agnóstico convencido. Las ideas filosóficas y las ideas religiosas de Sócrates son parte de un «todo sin costura», y fue este acierto lo que hizo posible su contribución a la reforma racional de la religión griega. Sólo cuando la filosofía es «arte de la vida» entiende el sinsentido de una supuesta antipatía entre la razón humana y la fe cristiana, como un ilustre filósofo que viste de blanco lleva años predicando por todo el globo, un Sócrates moderno si no fuera porque prefiriere ser discípulo de Cristo.

A. de Silva

Joaquín L. ORTEGA, *Los jubileos. Su historia y sentido*, Biblioteca de Autores Cristianos («BAC 2000», 22), Madrid 1999, 126 pp.

El Gran Jubileo del 2000 en el que estamos ya inmersos ha suscitado, desde hace tres años en que fuera anunciado por Juan Pablo II, múltiples iniciativas. Unas han sido de carácter oficial y tienen como promotores al propio Papa y a los Obispos en sus Diócesis. Otras, en cambio, proceden de la libre determinación de personas singulares. Entre estas últimas hemos de situar la publicación de este libro. El mero hecho de abordar esta temática ya es un acierto en sí mismo, pues los jubileos no son materia conocida para la inmensa mayoría de los cristianos y, menos todavía, sus desarrollos históricos. Por todo ello, el presente volumen resulta muy oportuno y esclarecedor.

La finalidad de los jubileos cristianos la define, con precisión, nuestro autor: «La conversión, el perdón de los pecados, la confesión del dominio de Dios, la indulgencia otorgada, la gratitud por la salvación, la misericordia suplicada y practicada, el amor al

prójimo como expresión del amor a Dios, andan indefectiblemente en el lenguaje de las bulas, en las expresiones de la piedad cristiana y en las crónicas que nos ha transmitido la memoria de todos los jubileos celebrados en la era cristiana» (p. 30). Es claro que no siempre se han alcanzado estas finalidades, sobre todo si tenemos en cuenta la dimensión histórica de estos acontecimientos. Pero, hay que reconocer en el tiempo una categoría fundamentalmente cristiana, como afirmara Juan Pablo II en la *Tertio millennio adveniente*: «A los dos mil años de distancia de aquel acontecimiento, siento el deber de reafirmar con fuerza que en el cristianismo el tiempo tiene una importancia fundamental». Así pues, es mérito también del autor explicitar en el tiempo la evolución de los jubileos, que se iniciaron en 1300 con Bonifacio VIII y que llegan hasta nuestros días.

El libro está constituido por una presentación y tres capítulos. El primero de los cuales se consagra a cuestiones previas, tales como el sentido de los jubileos en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, el jubileo cristiano, peregrinaciones, ritos, memorias, constantes, etc. El segundo, que es el más extenso, se ocupa de cada uno de los jubileos habidos desde el siglo XIV hasta el presente, considerándolos en su contexto histórico. El tercero lleva por título: «El Gran Jubileo del 2000», y en él se extiende el autor en resaltar las características y novedades que aporta en relación con anteriores ediciones jubilares. Termina con una bibliografía orientativa para el curioso lector de estos temas.

En conclusión, se puede afirmar que nos hallamos ante una obra, dirigida al gran público, que ha sido bien concebida y llevada a feliz término. Vaya, pues, nuestra cordial felicitación al autor y a la BAC por esta publicación.

D. Ramos-Lissón